

## XI.

A las ocho de la mañana del siguiente día volvió á abrirse al público la sesión.

El fiscal leyó entonces su pedimento.

En aquella pieza estaban aglomerados los cargos sobre los reos con una energía terrible.

Cada inculpación estaba comprobada con un documento oficial publicado por el gobierno imperial.

Era el rayo hiriendo la conciencia de los reos, era la avalancha desplomándose sobre los imprudentes que habían intentado escalar la montaña, era la justicia de la república arrojando sobre la balanza reguladora las lágrimas sin cuento y los torrentes de sangre que le habían arrancado los tres acusados.

Terminó pidiendo para ellos la pena de muerte.

Entonces se escuchó por todos los ámbitos del teatro un grito agudo, desgarrador, vibrante, como no es capaz de arrojarlo garganta humana.

Pareció que había salido del fondo del palco que ocupaban las hermanas de la caridad.

La puerta del palco sonó con estrépito se oyó un murmullo de voces que se perdían por el corredor y todo quedó en silencio.

El palco estaba vacío.

Concluido el parecer fiscal la defensa continuó más viva, animada y tempestuosa.

Cada uno de los defensores fué aglomerando cargos sobre el fiscal. Se hicieron protestas, se habló de nuevas irregularidades en la sustentación del proceso durante la suspensión de la sesión, se anunció abdicación formal de Maximiliano, se recurrió al fin á todos los medios posibles para salvar á los reos.

Terminadas las defensas se cerró la sesión pública y comenzó la secreta para sentenciar.

El consejo permaneció en sesión hasta las diez de la noche, hora en que se disolvió.

Y entonces, aunque se había guardado un profundo secreto, una noticia vaga y negra recorrió como una sombra por la ciudad.

Los tres reos estaban condenados á muerte.

En efecto así era, y al momento en que el general en jefe se conformó con la sentencia el fiscal la comunicó á los reos.

El telégrafo anunció al presidente de la República, que Maximiliano de Hapsburgo y sus generales entraban en capilla esa misma noche.

## CAPITULO TRIGESIMO PRIMERO.

LA PRINCESA SALM SALM.

## I.

La princesa es una joven alta, esbelta, bien formada; su cuerpo tiene un aire de elegancia y de distinción muy pronunciado. Su tez lleva el calor del ámbar, sus ojos son grandes y color verde mar, su boca no es muy pequeña pero es sumamente graciosa, y la dentadura admirable.

La princesa tiene la frente grande y despejada, y hay en aquella mirada y en todas las actitudes, una manifestación de viveza y talento incontestables.

La princesa tendrá veintiseis años.

Arrojada, valiente, generosa, dotada de una alma grande, ha nacido para combatir; aquella mujer es el genio del peligro, todo lo abarca, todo lo comprende, es incisiva.

Se había propuesto salvar al emperador, y trabajaba con empeño y asiduidad incansables.

¡Pobre joven luchar con el destino es la locura.

El viejo marido de la princesa adelantaba el entusiasmo de la joven, porque el príncipe amaba tiernamente á Maximiliano.

La princesa había recogido datos en la capital sobre Clara y Guadalupe, por conducto de un oficial austriaco, que estaba en los secretos del emperador y se encontraba en Querétaro, donde llegaba después de haber intrigado en el campamento de Porfirio Díaz, donde también buscó apoyo para la solicitud de indulto del archiduque.

La princesa veía acercarse el postrer momento del emperador.

Era el 18 de Junio, víspera de la ejecución, y nada se había conseguido, sino la certeza de que Juárez no perdonaría á Maximiliano.

La princesa tenía instrucciones para gastar cuantas sumas fuesen necesarias para poner en salvo al archiduque; era el agente principal, y la empresa estaba en las únicas manos en que el éxito podía ser favorable.

La afligida princesa tocaba el último resorte; los tres días de plazo puestos por el gobierno, espiraban.

El emperador había arreglado todos sus negocios; las cartas que la princesa le había enviado por conducto de Guadalupe, llevaban la noticia de la muerte de Carlota.

Ignoramos con que objeto se hizo circular como cierta esta noticia.

Maximiliano lloró á su desventurada esposa creyéndola muerta, y esta pesadumbre le dió acaso más valor para sufrir el último y doloroso trance.

Maximiliano dejaba tras sí una familia ingrata, es decir no dejaba nada.

Guadalupe supo que al recibir el archiduque la correspondencia de la Salm Salm, había llorado amargamente.

La hermana del guerrillero confirmó sus celos, creyó que aquellos papeles encerraban una despedida, y maldijo á aquella mujer que acaso le arrebatara los últimos pensamientos del hombre de su amor.

Tenía celos de un cadáver.

## II.

La princesa hizo la última tentativa: se dirigió á la casa alojamiento de Pablo Martínez, que era uno de los custodios de Maximiliano, después de haber intentado infructuosamente corromper la fidelidad del coronel Palacios, ofreciéndole doscientos mil pesos por proteger la fuga de Maximiliano, oferta que rechazó el honrado militar como una ofensa á su patriotismo.

Pablo Martínez estaba profundamente emocionado: al tocar el ala obscura de la venganza se sentía desfallecer; porque el emperador, si bien había engañado á su hermana, al menos no se había atrevido á profanar su pureza, ni había abusado de su alta posición para seducirla.

Pablo no tenía que vengar nada, porque hasta en la ocultación del rasgo y nombre del emperador, existía un fondo de honradez.

El guerrillero le cobró afecto al desgraciado monarca, é insensiblemente tuvo simpatía ante un infortunio tan grande.

Pablo Martínez dormía, porque le tocaba la última guardia, hasta entregar á Maximiliano á la justicia.

La princesa se encontró con Don Serafin, que educado en la alta sociedad mexicana, la recibió de una manera galante.

—Señora, en qué puedo servirlos, dijo el dandy en lengua inglesa, que era el idioma de la Salm Salm.

—Caballero, me felicito de encontrar una persona distinguida con quien hablar.

Don Serafin hizo una reverencia.

—¿Vos sois el amigo de corazón del teniente coronel Martínez?

—Servidor vuestro, señora.

—¿Me conocéis?

—Quién puede ignorar el nombre de la señora princesa.

—Bien; vos sois un hombre de corazón y vengo á fiaros mi secreto, á pedirlos el favor más grande que podéis hacer y que durante vuestra vida no volverá más á ofrecerse.

—Estoy á vuestras órdenes.

—No hay tiempo que perder, y seré breve.

—Hablad, señora.

—Se necesita salvar la vida del más desgraciado de los monarcas.

—¿De Maximiliano?

—Me habéis comprendido.

—Señora, yo soy impotente para una empresa tan difícil.

—Vuestra amistad con Pablo Martínez nos servirá para este trance.

—Señora, vos no conocéis á ese hombre, tiene un corazón de roca; además, que desconfía de mí; de su mayor amigo, al aventurar una sola palabra.

—Pues la aventuraréis, caballero, dijo la Salm Salm tomando una mano de Don Serafin.

Don Serafin se estremeció: hacía mucho tiempo que una mano delicada no se tocaba con la suya.

—¿La diréis, no es verdad?.....yo necesito esa palabra.

En ese momento Pablo Martínez se dejó ver en el aposento.

—La señora princesa desea hablar contigo para un asunto de sumo interés.

—No sé, dijo el guerrillero, en qué pueda servir á esta señora.

—Caballero, dijo la princesa á Don Serafin, dejadnos solos. El dandy saludó á la Salm Salm, y se retiró.

Quedóse un momento la joven viendo tenazmente al guerrillero, que cruzado de brazos, permanecía esperando que hablase la princesa.

—Hay un hombre, dijo al fin la dama, cuya vida me interesa y á la Europa y al mundo entero.

—¿Y bien?

—El hombre de que os hablo, se llama Maximiliano de Hapsburgo.

—No quiero ser descortés con una señora, pero la presencia de usted me compromete, me hace sospechoso á los ojos de mis compañeros; ruego á usted deje esta casa.

Pablo Martínez, tu eres un hombre rudo; pero á fuerza de estar entre todos los hombres de capacidad y de instrucción

que han abandonado sus bufetes y despachos para lanzarse á la revolución, estás al tanto de cosas que antes no se te alcanzaban, porque la propaganda de la palabra ha sido acaso más terrible que el estrago de las armas; tus jefes más bien son oradores que soldados; ellos han infiltrado desde la tribuna todas las ideas que han germinado en el corazón del pueblo, y dado el triunfo á la idea grande de la independencia.

—Es verdad, señora, es verdad.

—Tú sabe que el emperador debe morir, como el conde Raousset y Grab fribusteros en la Sonora, como Walker en Nicaragua, como Narciso López en la Isla de Cuba.

—Sí, lo sé que todos ellos han asaltado una nación, y que han muerto como piratas.

—Se te habrá dicho que el archiduque se le ha condenado á muerte como á un usurpador, cómplice de Bonaparte en los horribles asesinatos perpetrados por el ejército intervencionista en su nombre; autor de la circular de 3 de Octubre en que se decretada el exterminio de los republicanos; reo de insistencia después de las juntas de Orizaba y México; asesino de Arteaga y Salazar, á quienes se les aplicó el fatal decreto antes de publicarse en Michoacán; reo de lesa-nación, convicto ante el tribunal del siglo y las libertades!

—Sí, todo eso es verdad, dijo Pablo influido por las palabras febriles de la princesa.

—Pues bien, no he ocultado nada de esos terribles cargos que pesan sobre el emperador; pero tú ignoras que él no ha obrado por sí, sino á impulso y bajo la influencia de Napoleón; que es inocente, que ama á México como vosotros, y que ahora lo que desea es alejarse para siempre de las playas mexicanas.

—Yo sé, señora, que el país está lleno de tumbas; que todos los amigos y compañeros han desaparecido bajo el gobierno de Maximiliano; que frente á Querétaro han derramado su sangre los jefes más queridos; ahí está esa gasa enlutada que lleva aún, señora; las balas del imperio me han arrebatado á un joven á quien amaba más que si hubiese sido mi hijo.

—Todo es cierto; ¿pero su sangre será el cauterio de vuestras heridas?

—Yo soy nada, señora, pero la patria es mucho; ella necesita reparación, y la hora ha llegado.

—Tu alma es noble y generosa, en tus manos está la salvación del archiduque.

—Señora, yo no he traicionado nunca, me ofenden esas palabras; es necesario que el emperador expie sus crímenes ó su fatalismo en un cadalso!

Lavantóse airada la princesa Salm Salm, y poniendo su delicada mano sobre el hombro del guerrillero, y lanzándole una mirada terrible, le dijo con voz ahogada:

—Busca en tu conciencia una sombra, Pablo Martínez; tú no recuerdas á la patria, tú quieres ejercer la más negra de las venganzas.

El guerrillero se estremeció.

—¿No es cierto que hay en tu alma un sentimiento impío, prosiguió la princesa sacudiendo el brazo de Pablo Martínez, que te obliga á ser terrible con el archiduque?

—Nó, no es cierto, murmuró aterrizado aquel hombre.

—¿Es falso también que hubo una noche en que pretendiste asesinar al emperador, y que el cielo te envió un rayo antes que consumar el crimen? ¿Es mentira también que al volver de tu vértigo prometiste vengarte, y que has seguido los pasos del príncipe hasta gozarte en su agonía?

—Nó, yo no sé vengarme.

—Tú ignoras que yo puedo lanzarte á la vergüenza y á la deshonor, y tú eres impotente para llegar hasta una mujer.

—Nadie creará esas palabras, porque todos están al alcance de las pretensiones de la señora Salm Salm.

—Y si yo presento á tu hermana, que bajo un disfraz ha seguido al archiduque, porque sus relaciones han seguido á pesar tuyo, y se encuentra en el campamento?

El guerrillero sacó su pañuelo para pasarlo por su frente, que estaba inundado de sudor.

Al sacar el pañuelo, cayó de su bolsa un papel cuidadosamente cerrado.

Entonces la princesa, con una acción rápida como el pensamiento, fingió una escena cómica arrojándose á los pies del guerrillero, tomó el papel y lo puso entre el pañuelo, lo desdobló y leyó violentamente: "Contraseña para la noche del 18 al 19 de Julio.—Alerta."

—Perdonadme, Pablo Martínez, gritó casi sin contener su alegría.

—Señora, por compasión, diga usted que no es verdad lo que ha dicho.

—No, no es verdad; supe por acaso las relaciones de vuestra hermana con el emperador, y quise obligaros por ese medio á salvarle, compadeceos de una mujer á quien horroriza la idea de ver muerto á un noble príncipe á quien le debe el porvenir de su esposo.

—Señora, ya no puedo hacer.

Echóse el velo á la cara la princesa; ya estaba en su mano la clave; era una esperanza de salvación.

—Me queda el consuelo de haber cumplido con un deber sagrado; adiós ya no insisto, siga el emperador su destino.

La princesa salió, sin despedirse de Pablo Martínez y sin

saludar á Don Serafin, que instantáneamente se había enamorado de la princesa, y que se quedó petrificado al ver el frío desdén con que la Salm Salm pasó junto á él sin inclinarse siquiera la cabeza.

## III.

Llegó la princesa á su alojamiento, y se puso á escribir á Maximiliano.

“Señor, la contraseña para esta noche es *alerta!* Disfrázalos como mejor os sea posible; decid la palabra á los centinelas, á corta distancia tendréis caballos de posta. Estáis próximo á la libertad.—Yo estoy *alerta!* adiós.”

--Driek! gritó después llamando al oficial austriaco que acompañaba al emperador.

—¿Manda algo la señora princesa?

—Sí, envid mis caballos á la esquina del convento de Capuchinas, haced que aposten otros en la garita de México, y esperadme en ese sitio: procurad que nadie se entere, pues va en ello la vida del emperador.

La princesa volvió á salir, tomó un coche y se dirigió á la fábrica del Hércules en busca de las Hermanas de la caridad.

## CAPITULO TRIGESIMO SEGUNDO.

## CELOS.

## I.

En el aposento destinado en la fábrica del Hércules á las Hermanas de la Caridad, había un Crucifijo colgado á la pared.

Clara y Guadalupe yacían arrodilladas delante de aquella imagen.

Aquellas almas oraban en silencio por el reo de muerte.

El día 16 el emperador estaba ya en marcha para el patíbulo, cuando llegó la orden suspensiva por tres días.

Aquella prolongada agonía era un tormento horrible.

Arrebatado á un hombre de los brazos de la muerte, volverle á la vida por unos instantes más sin el deseo de salvarle, es una crueldad espantosa; suspenderlo sobre el abismo para que contemple la cima donde va á hundirse para siempre, era arrancarle el corazón á pedazos y extraer gota á gota la sangre de las arterias. ■ ■

Guadalupe había oído las cajas y los clarines de la columna que servía de séquito á la muerte, y se había encerrado en su aposento para no oír la detonación de las armas, salva de la eternidad. ■ ■

La infelice criatura había llorado hasta agotar sus lágrimas, y falta de aliento, helada como un cadáver, desarraigada de la vida, y sin más sostén que una naturaleza nerviosa y calenturienta, permaneció desmayada hasta que su amiga Clara, ese ángel de resignación, la despertó para decirle que aún no era llegada la última hora.

Guadalupe salió del sopor que la embargaba, limpió sus pupilas y se dirigió al cielo en una súplica ferviente.

Pasaron así dos días en la ansiedad y el desvelo sin alcanzar una sola ráfaga de esperanza.

## II.

Ya hemos dicho que era el 18 de Junio cuando las Hermanas se recogían entre las sombras del aposento á orar por el infeliz sentenciado.

—¡Señor! decía Guadalupe fijando su mirada cubierta por las lágrimas en la imagen del Redentor, tú has probado el amargo cáliz del sufrimiento, has caminado al patíbulo con la frente ensangrentada y el corazón despedazado al recordar la angustia de una madre!.....¡á tí te alentaba el espíritu divino, estaba fuera de las miserias humanas, y sin embargo, lloraste y tu sudor de sangre empapó la tierra!.....¡Duélete de quien va á morir también al grito desesperado de un pueblo!.....

Compadécete de esa alma atribulada que va á desastrar sus lazos con el mundo!.....

¡Señor! ¡Señor! uno sólo de los rayos apacibles de tu misericordia.....¡una palabra de perdón!....

La joven galopeaba su frente sobre las baldosas del aposento, y lloraba sin cesar.

Clara murmuraba aquella sombría y aterradora oración, á cuyas frases el corazón se paraliza y el alma se acerca á Dios, sintiendo en todo su ser el aliento magestuoso del Criador del universo, ese pavor solemne, ese respeto profundo, esa

íntima conmoción que debe sobrecoger el espíritu en la hora en que debe comparecer ante el tribunal de Dios.....

“Sal, alma cristiana, de este mundo, en el nombre de Dios Padre, etc.”

Desde aquel aposento se rodeaba el espíritu del reo del incienso y oraciones que lo acompañarían en su tránsito á la vida eterna!

## III

Unos toquidos dados á la puerta, sacaron de su contemplación á las jóvenes.

Guadalupe, con aquel instinto de las mujeres celosas, reconoció á la princesa Salm Salm.

Le dió un vuelco el corazón y se despertó á la agitada vida del mundo.

—¿Qué queréis, señora?

—El último sacrificio; es necesario que este papel llegue á las manos del emperador: Guadalupe, en nombre del cielo, haced que se le entregue.

—Me es imposible, señora estoy á punto de ser descubierta por mi hermano.

—¿Qué importa, si salváis á un hombre cuya vida no es tan cara?

Guadalupe se estremeció de celos.

—Señora, prosiguió la princesa, si mi existencia pudiera darse á trueque de la suya, derramaría hasta la última gota de mi sangre.

—Esto es demasiado, murmuraba Guadalupe.

—Vuestro hermano ha permanecido inexorable á mis ruegos; pero Dios los ha escuchado: poseo la clave para su salvación.

Tomad esta carta, señora; si llega á las manos del archiduque, está salvado, y partirá á Europa libre de las acechanzas de sus enemigos, alegre, feliz entrará á una nueva existencia; el sol vuelve á salir para él que ha sido siempre tan desgraciado; yo estoy pronta á acompañarle, á seguir á su destino, hasta verlo á bordo de la “Elizabeth,” que lo regresará á las arenas patrias; desde el mar os bendeciremos, Guadalupe vos sois un ángel de redención y misericordia.

—¡Libre!.....¡feliz!.....murmuraba la joven mexicana, y en compañía de la princesa!.....nó, mil veces nó!

—¡Resolvéis Guadalupe, en nombre de vuestra madre.

—Y ella, continuaba pensando la joven, se irá con él, la gratitud por tantos sacrificios llegará hasta el amor..... y me

olvidará, y sus recuerdos se apagarán, y mi cariño morirá como una flor estrujada por el arado!.....

—Resolvéos, por Dios, clamaba la princesa llena de angustia, porque las horas atravesaban violentamente.

—Señora, entregaré la carta al archiduque Maximiliano.

—Os repito que en ella va la salvación del príncipe.

—Descuidad, Señora, que dentro de breves instantes estará en poder del emperador.

—¡Sois un ángel! gritó la Salm Salm; y se arrojó al cuello de Guadalupe, que bañó su rostro con sus lágrimas.

Aquel llanto decidió de la suerte de Maximiliano.

La joven sintió que un dique de hierro se levantaba delante de su amor.

Al exaltarse en la fiebre espantosa de sus celos sonrió con desdén y profunda amargura, y apartó á la princesa que la estrechaba con emoción.

La joven extranjera salió llena de alborozo del aposento de las Hermanas de la Caridad á disponer la fuga del archiduque.

## IV.

Luego que Guadalupe se quedó sola, fijó sus ojos en el papel que la Salm Salm había dejado en sus manos.

El sobre tenía puesto el lacre.

El huracán de las sospechas tornó á desatarse en su alma impresionada.

—¡Esa mujer me insulta! exclamó con rabia; ignora que esta carta abraza mi mano, que basta una sola mujer para hacerme desgraciada sin que ella venga á hacer más hondo el abismo que nos separa.

Guadalupe se arrojó en un sillón, y ocultando su rostro entre las manos, meditaba lo que debía hacer.

Después de algunos momentos se levantó decidida y abrió resueltamente la carta de la princesa.

Pasó la vista por aquellos renglones, repitió la palabra ¡alerta! contraseña para la noche del 18 al 19 de Junio.

—Ella lo espera, y se marcharán los dos al extranjero, y ella será el todo para él, y la amará, y mi nombre no sonará en sus labios sino para compadecerme!.....no, este papel no penetrará las puertas de su prisión.....¡que mueral!.....¿no llevo yo la agonía en el corazón? ¿no está mi existencia sepultada en un mar de lágrimas y de infortunio? ¿no viviré de hoy más en la desgracia hasta que Dios me arranque una vida llena de dolores horribles y de sufrimientos?

Sí, le lloraré muerto, pero no en brazos de otra mujer. Yo quiero rezar por él, llorar.....morir; pero no exacerarlo desde el fondo de mi desgracia, ni derramar mis lágrimas sin esperanzal.....

Sí, ¡que muera! clamaba fuera de sí la infortunada joven; esa mujer le olvidará, y nadie vendrá á disputarme un cadáver encerrado en una tumba, allí será mío nada más, mío para siempre!.....

Acercóse delirante y puso la carta sobre la llama de la lámpara de la Virgen.

El papel comenzó á arder lentamente.

Presentó una flama azulada, que se fué extinguiendo luego que la calcinación convertía en cenizas la última esperanza de aquella alma predestinada.

Aquellas cenizas vagaron un instante en la atmósfera y se arrastraron á los piés de Guadalupe. ❧

Hemos concluído, dijo la joven; está roto el ensueño de esa insensata.....pobre princesa Salm Salm!

## V.

Luego que cayó la noche, la princesa Salm Salm se situó en una calle adyacente al convento de Capuchinas, última prisión de Maximiliano.

Las horas pasaban.

La noche estaba quieta, pavorosa, solo se oía el grito de los centinelas que se perdía como un eco en las cavidades de una gruta.

Los caballos dispuestos para la fuga del archiduque, herían con sus herraduras las piedras del embanquetado, como si participasen de la ansiedad de la princesa.

Cada soldado que atravesaba, cada sombra hacía latir con violencia el corazón de la joven.

En esta expectativa nerviosa y llena de angustias, la sorprendió la primera luz de la mañana.

Las campanas tocaron el Ave María, y los clarines saludaron la llegada del sol con sus toques de diana.

¿A qué esperar?

Todo había sido infructuosol.....

La muerte del monarca estaba decidida. Era necesario creer en el *destino manifesto*.

Las columnas comenzaron á desfilar á la sordina rumbo al Cerro de las Campanas.

## CAPITULO TRIGESIMO TERCERO.

## EL PRESIDENTE JUAREZ.

## I.

Desde Moctezuma II hasta nuestros días, es decir, en un interregno que abraza tres siglos y medio en el que aparecen sucesivamente las grandiosas figuras de Cuautimotzin, Cuitlahuatzin y Hernán Cortés, el uno espirante en las llamas del tormento sin ceder á la muerte un rayo de su patriotismo, Cuitlahuatzin dando la batalla de la *Noche triste* y el feroz conquistador haciendo resonar su acerada armadura en todo un continente, hasta esa comitiva vulgar, fantasmagoría del virreinato enviada por la casa de Austria de fatídica enunciación en América y por la de Borbon *reinante* en las Españas, hasta detenerse ante el arco triunfal levantado á la Independencia Mexicana: desde Iturbide cuya falsa popularidad lo alzó en alas de la fortuna á la púrpura de un trono, para exhibirle después en un cadalso, hasta Comonfort suicidándose con su golpe de Estado la noche del 16 al 17 de Diciembre de 57, ningún hombre excepto el presidente Juárez ha permanecido por más tiempo en el escaño del poder, ni legitimidad alguna se ha mostrado con tanta majestad, ni tan deslumbradora bajo el sélio de la soberanía de un pueblo!

Juárez, ese mito de los republicanos del siglo, adelantándose á su época ha levantado el nombre de su patria á la altura de sus destinos.

Bañado el espíritu de la revolución, firme en la piedra angular del derecho y de la conciencia, sereno ante las tormentas políticas, ni lo ha herido la justicia, ni doblegado las vicisitudes, ni ensoberbecido el triunfo ni la victoria.

Jefes de una nación diezmada por la discordia civil, agotada por la guerra extranjera, entregada sin piedad á la conquista con beneplácito de la Europa, ha sostenido con robusta mano el estandarte nacional vencedor en una lucha sangrienta de cinco años, teniendo á sus piés un cetro hecho pedazos, desde la solemne majestad de su asiento llevaba con atrevida mano el luto al mundo viejo, desde el *Estrecho de Gibraltar al Estrecho de Bhering*.

Tal es el hombre que comparece hoy ante el juicio de la historia sin inquietarse por su fallo irrevocable.

Aguarda con frente serena al porvenir cuando pasadas las impresiones del momento se dé tregua á la justicia y se deje oír la voz de la razón que está por cima de las pasiones humanas.

La Europa acusaría más tarde á Juárez del asesinato perpetrado en la Majestad de Maximiliano de Hapsburgo.

Juárez, acusa á la Europa del atentado contra la Independencia de México.

*Un hombre por una nacionalidad!*

Es una demencia política colocar en la balanza de la humanidad á un maguate como contrapeso á la independencia de una nación.

No era, pues, una represalia, la que levantaba un patíbulo en el memorable *Cerro de las Campanas*, no era una legitimidad sentenciando á la usurpación, no era la justicia popular vengando el atentado de lesa-independencia; porque la legitimidad y el pueblo estaban satisfechos con el hundimiento del trono y la caída del usurpador.

La paz y el porvenir clamaban por la desaparición de la dinastía levantada sobre los escombros de la República; era, pues, una razón de Estado la que fríamente abría la tumba al Archiduque Maximiliano.

## II.

La posición de Juárez estaba determinada; en su larga peregrinación, había visto hoja por hoja de esa historia sangrienta del imperio, había encontrado á su paso los huérfanos y las viudas de los patriotas, había visto los campos talados, los pueblos vueltos escombros y presenciaba el número de heridos hechos diariamente por los proyectiles de Querétaro, y cuyos lamentos herían incesantemente sus oídos.

La revolución estaba delante con sus exigencias, era necesario satisfacerlas todas.

El perdón de Maximiliano perpetuaría la guerra civil, el partido de la intervención quedaba en pié, dejando el germen de las revueltas intestinas.

Cuando el Emperador destronado volviese en sí, de ese temor que no lo abandonó sino hasta cerciorarse su espíritu de la realidad de su muerte; cuando recordase los bellísimos días de su imperio, con su lujo deslumbrador, sus alcázares, sus parques, sus jardines, sus arcas llenas de oro y la ilusión de siete millones de pecheros que le rindiesen homenaje y p'eite-sía, entonces, las ráfagas de la ambición torrarían á sacudir su frente soberana.

Los hombres que huyendo del castigo nacional buscaran refugio en el extranjero, le servirían de corte, y acaso apoyado en un fatal golpe de política, en que se dejara sentir la mano de la humillada Europa, volvería á levantarse un trono derribado por la mano de la revolución.

Era necesario desarraigar para siempre ese árbol cuya sombra ha sido el fatalismo de la República.

Hasta aquí la razón de conveniencia privada y el cumplimiento de los deberes con la nación.

El mundo civilizado impone otros deberes acaso más elevados, el ejemplar castigo á la usurpación.

La lección terrible al atentado de independencia.

La personalidad desaparece, el principio queda encarnado en la forma humana de un hombre.

¿Cómo herir á ese principio dejando en pié la representación?

Las monarquías siguen á los hombres á su destierro.

Para los reyes hay derecho de postliminio.

Aquí el hombre y la idea se confundían.

Era necesario matar al hombre para darle el último golpe al pensamiento. Tras de Lincoln quedaba Jhonson y la constitución de la República.

Tras de Maximiliano, una regente perdida para el mundo de la inteligencia y el porvenir.

El archiduque estaba sentenciado irremisiblemente.

## III.

El Presidente Juárez aceptó ante el mundo la responsabilidad de este acontecimiento.

Quien había afrontado la convención de Londres, la intervención francesa y el imperio, todo en el meridiano de su grandeza, en el auge de su prosperidad, sin abatirse ante la desgracia, sin sobrecojerse en la derrota, sin abdicar ante el infortunio, no era extraño afrontarse también el desbordamiento de los intereses monárquicos en el asombro de esa profanación al derecho divino.

## IV

El 16 de Junio, á las once y cuarenta y cinco minutos de la mañana, anunció el telégrafo que la sentencia del consejo de

guerra, confirmada por el jefe de las armas, notificaba en aquellos momentos á los acusados.

Los defensores acudieron con más ardor solicitando el indulto de Maximiliano. El emperador debía ser ajusticiado á las seis de la tarde de ese mismo día. He aquí la respuesta del gobierno de Juárez á la solicitud:

"Secretaría de Estado en el Despacho de Guerra y Marina. --En el ocurso presentado por ustedes, con fecha de hoy, al C. Presidente de la República, solicitando se le conceda la gracia de indulto á Fernando Maximiliano de Hapsburgo, que ha sido sentenciado en Querétaro por el consejo de guerra que lo juzgó á sufrir la última pena, ha recaído el acuerdo siguiente: --Examinadas con todo el detenimiento que requiere la gravedad del caso, esta solicitud de indulto y las demás que se han presentado con igual objeto, el C. Presidente de la República se ha servido acordar que no puede accederse á ellas, por oponerse á este acto de clemencia las más graves consideraciones de justicia y de necesidad de asegurar la paz de la nación. --Y lo comunico á ustedes para su conocimiento como resultado de su ocurso citado. --San Luis Potosí, Junio 16 de 1868. --Mejía."

¡El fallo era irrevocable!

Las naciones de la convención intervencionista esperaban inquietas el fallo de la República, como la República esperaba cinco años atrás las decisiones de la Europa sobre sus destinos.

Juárez, que como la última luz del *tenebrario* había permanecido solo entre las sombras de la conquista, haría estremecer á los cómplices de la convención de Londres. El cable trasatlántico emprendería un trabajo fúnebre para anunciar al continente de las dinastías la sentencia de la República, en la hora solemne de la justicia nacional.

## CAPITULO TRIGESIMO CUARTO.

### EL REO DE MUERTE.

#### I.

El fiscal se presentó en la prisión y comunicó la sentencia de muerte á cada uno de los reos.

Maximiliano recibió aquella nueva con esa aparente frialdad de su raza.

Mejía, con la inercia de la postración en que yacía desde el principio del sitio; su enfermedad acaso lo tenía así.

Era un cuerpo arrebatado á la tumba para llevarlo al cadalso

Miramón, al oír su sentencia, dejó ver en sus labios una sonrisa de profundo desdén.

Retirado el fiscal, se estrechó más la prisión, redoblándose la vigilancia.

Los defensores se agruparon en torno de los reos, y las familias de éstos se abismaron en ese mar de dolor que se desata en torrentes de lágrimas y se exhala en sollozos desgarradores.

## II

Dos mujeres salieron momentos después del ex-convento de Capuchinas.

Una, alta, esbelta, vestida de negro y cubierto su rostro con un velo.

Se lanzó dentro de un carruaje que la aguardaba, y los caballos partieron al galope, dirigiéndose á la casa de postas.

Allí subió en una diligencia extraordinaria que partía para San Luis Potosí.

Era la esposa de Miramón que iba á solicitar del Presidente Juárez un imposible: el perdón de su marido.

Este, con una compasión previsora y para ahorrar á su esposa el sangriento espectáculo que le aguardaba, la estimuló á hacer ese viaje.

Así lo había aconsejado también Maximiliano.

La otra mujer también era joven.

Bella como una ilusión primera, blanca como la corola de una azucena, alta y mórbida como una estatua griega, aquella joven se precipitó á la calle, loca, perdida, ciega en su inmenso dolor.

Lanzaba gritos de angustia, y de sus párpados corría un raudal de lágrimas.

Era Agustina, la modesta compañera de Mejía, la que en sus momentos de sufrimiento estuvo siempre á su lado, la que había secado con sus caricias el sudor de su frente cubierta con el polvo de las batallas, la que con una abnegación sin igual había compartido con él los peligros de su vida azarosa.

Llevaba en sus brazos un niño que contaba unos cuantos días de nacido.

Tierno retoño que brotaba al pie del árbol derrumbado por el huracán.

El pueblo veía pasar á aquella joven desolada escuchando conmovida sus sollozos, y abriéndose para hacerle paso.

Iba en pos de Vega: el defensor de Mejía.

Pasadas algunas horas, este inteligente abogado partió para San Luis Potosí.

Iba á impetrar indulto para el prisionero.

## III

Solamente el príncipe austriaco estaba solo.

En aquellas horas de agonía no se alzaba una voz conocida á su lado que derramara en su corazón esas notas del lenguaje materno que en palabras de amor vertieran el consuelo del sentimiento.

El extranjero no tenía junto á sí un solo pecho adonde reclinar su frente.

Todo era extraño á su lado.

Hombres, idioma, leyes.

Y sin embargo, sus defensores tuvieron con él la solicitud de un hermano.

El príncipe se quedó por un momento solo.

A lo lejos se escuchaba ese ruido tumultuoso de los cuarteles.

Los pasos metódicos de los centinelas, el ruido que hacían al descansar sus armas, todo lo escuchaba el reo como un rumor vago y perdido.

Se dejó caer sobre un sillón, y apoyándose de codos en una mesa ovalada que tenía en frente, cubrió su rostro con las manos.

Así se entregó á una meditación profunda, más quizá á ese estupor penoso y difícil que invade el cerebro de los condenados á muerte.

Ese estupor se llama el *sueño de la capilla*: es el terrible *coma* que sienten de una manera irresistible los reos que van á morir.

¿Qué pensaba Maximiliano?

Allí, en una perspectiva lejana, veía los regios salones de Miramar á donde vagaba la sombra de la nieta de cien reyes, que lo llamaba desde el oscuro dintel del otro mundo.

Y cruzaban en su memoria los sucesos últimos de su vida. El ofrecimiento de la corona de México, su llegada á las tostadas playas de Veracruz, la regia recepción que le hizo la ciudad conquistada.

Todo pasó delante de sus ojos velados en una rápida fantasmagoría.

¡Y quién sabe cuántos reproches y cuántas maldiciones lanzaría contra los que lo arrastraron á aquel trono, que iba á convertirse en un cadalso!

Permaneció así durante algunas horas, hasta que hizo volver de su éxtasis un ruido extraño.

Era que entraba el sacerdote que iba á auxiliarlo en sus últimos momentos.

## VI.

Dentro de la misma celda que servía de prisión á Maximiliano, se improvisó un altar.

El clérigo que estaba á su lado era el canónigo Ladrón de Guevara.

Era ese sacerdote un hombre de cuarenta y siete años, robusto, bajo de cuerpo, de pelo rubio, y de ojos vivos y centellantes.

A una inteligencia notable unía un carácter firme y una alma enérgica é inflexible.

Pero de resultas de un ataque apoplético se movía con dificultad arrastrando penosamente los pies.

Su voz era lenta y temblorosa.

El que había ocupado un trono se puso de rodillas delante de aquel oscuro sacerdote.

Qué contraste entre aquellas palabras vertidas sobre el corazón del condenado á muerte, y aquellos solemnes cantos que se habían dejado oír en las catedrales al recibir al archiduque en los días esplendentes de su grandeza: *Domine salvum fac imperatorem!*

## V.

Entre tanto el telégrafo hablaba sin interrupción.

Los defensores de Maximiliano hacían los últimos esfuerzos, y sus compañeros tenían largas conferencias con los ministros del Presidente de la República.

Todo había sido en vano.

El indulto estaba denegado.

## VI.

Amaneció el día 16 de Junio.

Era un domingo.

Conforme avanzaban las horas los reos comprendían que se acercaban al sepulcro.

Las tropas comenzaron á formar muy temprano. Cuatro mil hombres se dirigieron al Cerro de las Campanas poco después del medio día.

Eran la hora y lugar designado para la ejecución.

El resto del ejército se situó parte en la Alameda y parte se repartió en las plazas de la ciudad.

Los batallones permanecieron así formados y descansando sobre sus armas.

Por la ciudad corría un rumor vago, sordo, como el que precede á los grandes sacudimientos de tierra.

El pueblo se aterraba ante aquel acto terrible de la justicia de la República.

Las mujeres lanzaban una maldición contra los ejecutores de aquel acto.

En la clase acomodada, sobre todo, era donde se veía un movimiento desusado.

Los hombres se encerraron en su pánico, mientras que las jóvenes y las matronas de aquella pretendida aristocracia hicieron de la impunidad de su sexo un acto de valor civil.

Y vestidas de luto, reunidas en numerosos grupos se lanzaron á las calles de la ciudad.

Se hicieron anunciar en el cuartel general.

Hacía muchos días que el general Escobedo las había recibido.

Ellas impetraron la gracia de los reos, pero el jefe republicano les había contestado que el gobierno solo tenía la facultad de conceder el indulto.

En aquellos angustiosos momentos, cuando sólo faltaban horas para que se ejecutara la sentencia, se agotaron todos los esfuerzos para salvar á los prisioneros.

Pero el porvenir de la nación estaba encargado á la vigilancia de sus defensores más leales.

Cuando las señoras se presentaron en el alojamiento del general en jefe, éste había salido ya de la ciudad.

## VII.

A legua y media de la capital de Querétaro existe un convento llamado del *Pueblito*.

En su iglesia se veneraba antes una virgen que la población había adoptado como su patrona.

De ese culto nacía una constante romería que alimentaba de familias indígenas, que fabricaron sus chozas en torno del convento.

El clero no podía desatender aquel rebaño semi-idólatra y erigió, junto al río que atraviesa el pueblo, una parroquia: las obvenciones tenían que ser piniies y fecundas.

Así llegó á ser el *Pueblito* una especie de villa sagrada, la *Meca* de Querétaro.

Más tarde; en medio del torbellino republicano desapareció la imagen, el altar, el templo y la comunidad religiosa encargada del culto.

En el convento del *Pueblito* nada quedaba ya de su antiguo esplendor.

Era un hospital militar.

En los claustros, en las celdas, en el coro, en la iglesia, en todas partes se veían camas de heridos, del ejército liberal.

Más tarde se condujeron allí á los heridos prisioneros, porque el general en jefe quiso que á todos se les atendiera con igual esmero.

En el lecho del dolor no hay distinciones, y esa generosidad honra en alto grado al soldado de la república.

Por aquellos salones cruzaba el general Escobedo visitando á sus soldados heridos.

Junto á cada cama se detenía para alentar á los tímidos, para consolar á los que desesperaban con sus sufrimientos.

Entre tanto allá en la ciudad se aprestaban á marchar al suplicio los que habían derramado aquella sangre.

## VIII.

La hora terrible sonaba ya.

A las dos de la tarde debía sacarse á los reos de la prisión.

Los cuerpos del Norte que debían escoltarlos estaban ya formados frente al convento de Capuchinas.

Los prisioneros se despidieron de cuantos los rodeaban, é hicieron sus últimos encargos.

Sus rostros estaban intensamente pálidos y sus ojos brillaban con una febril irradiación.

Ya daban los primeros pasos para el patíbulo, cuando recibió el jefe una orden para que la ejecución se suspendiera.

Era que el gobierno concedía una prórroga de tres días á petición de los defensores de los reos para que estos pudieran arreglar mejor sus intereses de familia.

El telégrafo había comunicado esa orden, que había sido transmitida al general en jefe al *Pueblito*.

Este inmediatamente se dirigió á la ciudad comprendiendo que allí era indispensable su presencia en medio del sacudimiento que esa suspensión iba á acusar en el ejército y en el pueblo.